

Ben Pastor

Luna mentirosa

Traducción del inglés de
Laura Martín y Verónica Canales

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Liar Moon*

Esta edición se ha publicado por acuerdo con el Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsuarez.com

Imagen: © Collaboration JS/Arcángel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2001, 2013 by Ben Pastor

© de la traducción: PUBLICACIONES Y EDICIONES SALAMANDRA, S.A., 2007

Traducción de Laura Martín y Verónica Canales

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-117-6

Depósito legal: M. 4.728-2018

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para quienes iban en los camiones
camino de los campos de concentración*

Por cierto, vanidad son los hombres comunes;
mentira son los hombres notables.

Si se los pesa a todos juntos en una balanza,
serán menos que un soplo.

Salmos, 62:9

Luna mendax («Luna mentirosa»)

Proverbio latino

Prólogo

*Verona, Norte de Italia, bajo ocupación alemana
9 de septiembre de 1943*

–Si deve far coraggio, maggiore.

Martin Bora sentía demasiado dolor para decir que lo había entendido.

–Dobbiamo pulire le ferite.

Demasiado dolor para decir que eso también lo había entendido.

Coraje. Limpiar las heridas. La sangre le latía en los párpados, notaba un rápido titileo en el ciego resplandor de los ojos cerrados y en la boca, donde se le apretaban los dientes con fuerza; otro latido medía el tiempo frenético en su cabeza.

–Coraggio, coraggio. Hay que hacer de tripas corazón.

Se le acumuló saliva bajo la lengua, hasta que tuvo que tragarla. Cuando levantaron la camilla, el dolor del brazo izquierdo se avivó e hizo presa en todo su cuerpo. Sólo era consciente de la convulsa respiración del pecho, como la de alguien a punto de llorar o gritar.

Estaban subiéndolo a la mesa de operaciones de la sala de urgencias. Le desataron las botas. La pierna izquierda pareció desgarrarse al separar de ella el cuero rígido, como si estuvieran arrancándole el hueso de la rodilla. Las luces se encendieron sobre él, unas voces

distantes se aproximaron, llegaron hasta él, se introdujeron en él.

La sangre salpicaba mientras los médicos cortaban y extraían. Bora no se rendía, se mantenía firme, inasequible al desaliento o la desesperación, tratando de soportar el dolor y combatirlo, como si eso fuera posible cuando se tiene el costado izquierdo prensado bajo una muela gigante y ninguna posibilidad de zafarse sin perder el brazo y la pierna en el intento. La mano izquierda, hecha trizas y de la que manaba sangre a borbotones, iba consumiéndole la vida; pulmones, estómago, huesos, todo parecía escurrirse a través de aquella sanguinolenta y repulsiva brecha abierta en el extremo del brazo.

Estaban desabrochándole los pantalones. Unas manos nerviosas se introdujeron por la ingle empapada de sangre en busca del muslo y la rodilla. Arqueó el cuello, rígido por efecto de la presión que ejercía la espalda al intentar levantarse.

–Sujétenlo, sujétenlo –urgió una voz–. Tendrá que sujetarlo, enfermera.

Con las articulaciones sujetadas como si estuviera sufriendo un ataque, Bora luchaba contra el dolor sin resistirse. No podía tragar, pero era incapaz de decirlo, y cuando le daban agua –las mandíbulas debían de haberse relajado, pues el aliento se le escapaba espasmódicamente por la boca–, la regurgitaba y se le derramaba por las mejillas.

A continuación empezarían con el brazo: reunió fuerzas cuando un paroxismo de dolor le hizo abrir la boca y se puso a temblar, pero no gritó. Buscó a tientas el borde de la mesa, pero no gritó. Arqueó el cuello hacia atrás con fuerza, no podía cerrar la boca –era duro, durísimo–, forcejeó y comenzó a dar cabezazos contra la dura superficie, pero no gritó.

—Póngale algo bajo la cabeza, enfermera; está golpeándose la contra la mesa.

El trajín de las manos en el brazo, la ingle y la cadera se aceleró y de pronto cesó. Luego volvió a empezar, poco a poco. Hurgaban, tiraban, extraían. Nacer debía de ser así: una nauseabunda lucha por salir, en medio del insoportable olor de la sangre —un hedor a carnicería— y un dolor inimaginable. No resistiría. Si seguía adelante nacería prematuro, pero si no, moriría.

—¡Sujételo!

Alguien lo obligó a soltar la mano derecha del borde de la mesa y se la apretó. Bora casi rompió a llorar al sentir ese apretón, como si con ello la muerte lo diera a luz y él escapara de las fauces y el vientre de la parca. El forcejeo cesó y de pronto comenzó a salir de debajo de la muela.

La luz lo cegaba, vio la sangre que le recubría todo el cuerpo y a unas personas que se afanaban a través de aquella película rojiza con instrumentos brillantes y pedazos de algodón.

Ya salía, ya salía. Estaba saliendo.

La presión lo empujaba al umbral de la agonía, tiraba de él, y el dolor del tránsito era extremo, insoportable. Bora gritó una sola vez, cuando el parto del dolor terminó de desgarrar lo que quedaba de la mano izquierda.

Por la mañana, el cielo presentaba el tono violáceo de un moratón. Eso le daba a la alta ventana del hospital un aspecto triste y lívido, y a aquella luz cárdena Bora preguntó, impasible:

—¿Habrás que hacer un injerto o ha quedado piel suficiente?

—Hemos logrado curarlo con su propia piel, comandante. Hemos procurado proteger el muñón y eliminar

algunas terminaciones nerviosas para que más adelante no le duela demasiado. Lo lamento.

Bora apartó la mirada del cirujano.

—¿Y la pierna?

—Si la necrosis no avanza, esperamos salvarla.

Bora sintió una súbita náusea. Esta vez no era consecuencia de la anestesia, tampoco del dolor. Dijo que lo entendía, aunque evitó mirarse el brazo izquierdo.

El cirujano italiano, que tenía rango y edad suficientes para hablarle en plata a un oficial alemán, sacudió la cabeza.

—Las dos horas de espera para su evacuación han sido nefastas.

—Tenían prioridad los hombres heridos que estaban a mi mando. Y aun así he perdido a dos de ellos.

—A tres. Por cierto, pues imagino que está preguntándose: la metralla de la ingle no ha afectado a los genitales.

—Bien. —Bora no levantó la vista, la mantuvo fija en un punto indeterminado de la cama—. Gracias.

La estancia tenía un fuerte olor a desinfectante. También su cuerpo.

—Y mi alianza, ¿dónde está?

—Aquí.

Alrededor de la cama todo era de un pálido color blanquecino. El alféizar de la ventana era de mármol ve-teado, como de piel jaspeada. La parte de pared algo des-conchada que quedaba justo debajo tenía la forma, un tanto ambigua y desdibujada, de un caballo.

—¿Quiere algo fuerte para el dolor?

Martin Bora movió la cabeza de lado a lado sobre la almohada. Se sentía demasiado débil para decir que no quería nada.

Lago, treinta kilómetros al noreste de Verona
21 de noviembre de 1943

Dos meses después, al abrir los ojos en la oscuridad, Bora contuvo la respiración. Se palpó las extremidades, preocupado, examinando con cautela las partes que más solían dolerle del brazo y la pierna izquierdos: zonas en tinieblas, de límites inciertos, como los del cuerpo al despertar.

Rara vez lo abandonaba el dolor, y la grata lasitud que se derivaba de no sentir nada en absoluto se había convertido en un lujo. Yacía en la cama boca arriba y evitaba cualquier movimiento que pusiera en peligro aquel precioso equilibrio transitorio, aunque no sentir nada no era ni mucho menos sentirse bien. Así estaban las cosas, y así continuarían hasta que su cuerpo lo redimiera por lo ocurrido en septiembre.

El ataque con granadas había sido inevitable, pero la carne lo rechazaba, como rechazaba la realidad de la mutilación. Seguía sintiendo la vergüenza de yacer indefenso sobre aquella especie de tabla de carnicero que era la mesa de urgencias y con los miembros ensangrentados como los de un recién nacido, cuya inmundicia lavaba una hermana de la caridad con una esponja. Tener el pecho, el vientre, los muslos y la ingle a merced de aquellas manos asexuadas lo mortificaba. La redención no

llegaría por el simple hecho de sobrevivir a aquella agonía como una bestia cándida, sin gritar.

De modo que Bora se levantó conteniendo el aliento para no avivar el dolor, mientras fuera de la habitación –fuera del puesto de mando–, el viento soplaba y la luna era delgada como una ceja.

A las siete de esa mañana, un vendaval frío y cortante había empezado a soplar desde el norte y había vaciado las calles de Lago, una pequeña población como tantas otras, sin lago a pesar de su nombre, perdida en los campos del Véneto. Bora estaba sentado en su despacho resolviendo una serie de trámites, con el oído atento al ulular del viento que pasaba entre los cables telefónicos. Oyó también el traqueteo de un automóvil que se detenía delante del puesto, pero no sintió ninguna curiosidad por acercarse a la ventana para ver quién era.

Ni siquiera dejó de escribir cuando el ordenanza llamó a su puerta.

–Sí, ¿qué? –se limitó a preguntar. Cuando se le anunció la visita, añadió–: De acuerdo, hágalo pasar.

El visitante tenía el cabello moreno e hirsuto, ojos negros y vivaces, y un bigote con aspecto de oruga. La lúgubre mezcla de gris oscuro y negro del Partido Fascista Republicano era como una mancha que absorbía la tenue luz de aquella mañana otoñal. Las calaveras y los haces de varas de la charretera lo identificaban como miembro de las tropas de choque.

–*Viva il Duce.*

Bora no contestó al saludo fascista; le lanzó al hombre una mirada indefinida sin moverse de la silla. Adoptó un gesto inexpresivo bastante elocuente y pronunció con indiferencia la fórmula:

–¿En qué puedo ayudarlo?

–Centurión Gaetano De Rosa, del batallón Muti.
–Hablabo como si estuviera en un campo de instrucción, proyectando la voz por toda la estancia.

–Martin Bora, de la *Wehrmacht* –respondió el comandante.

Le desconcertó que el hombrecillo continuara la conversación en alemán, en buen alemán, pronunciando los tiempos verbales con pompa y afectación. Le expuso el motivo de su visita.

Tenía que ver con un asesinato, así que al principio Bora le prestó atención. Se reclinó en la silla al tiempo que ocultaba la mano izquierda y jugueteaba con la derecha con una estilográfica sobre el reluciente escritorio.

–¿Por qué no habla en italiano? –preguntó en ese idioma.

–¿Por qué? La verdad, comandante, creía que...

–No tiene por qué tomarse tantas molestias. Como ve, yo también hablo italiano.

Era evidente que De Rosa se sentía decepcionado. Bora conocía muy bien a aquellos fascistas con obsesión por lo germánico: se esforzaban tanto por parecerse a los suyos que rozaban lo aborrecible. Él había aprendido a cortar de raíz cualquier comentario de familiaridad con las cosas y lugares de Alemania destinado a ganarse su confianza. Lo efectivo era ir al meollo de la cuestión.

–Le agradezco que se haya dirigido a mí, centurión De Rosa, pero no entiendo cómo ni por qué debería ayudarlo. La muerte violenta de un barón del Partido es un asunto grave. La policía de Verona estará mucho más cualificada que yo para llevar a cabo la investigación.

–Me imaginaba que contestaría algo así, comandante. Por eso he traído esto. Léalo, por favor.

Le entregó un sobre y Bora cortó el lateral con un cortaplumas. Empezó a leer. A la luz de la ventana, se diría que

De Rosa brillaba de gozo al ver el membrete con el águila de angulosas alas del cuartel general alemán en Verona.

La misiva no admitía discusión. Bora bajó la hoja, miró al hombrecillo y se dispuso a escucharlo.

A veinte minutos por carretera desde Lago, un viento inmisericorde azotaba las contadas casas de Sagràte. Los arbustos, deshojados, sonaban como panderetas cuando el inspector de policía Guidi bajó del viejo Fiat que utilizaba cuando estaba de servicio.

El cabo Turco se apresuró para llegar antes que él a la puerta del puesto de policía, se la abrió, se apartó y lo dejó entrar. El cabo tenía la silueta de hombros cargados propia de los sicilianos de sangre sarracena, y cuando se reunió con Guidi en el interior, arrastró con él una vaharada a ropa sudada.

–*Arsalarma* –dijo en su dialecto–. Con un solo zapato, inspector, no puede haber ido muy lejos.

Guidi no se molestó en darse la vuelta. Se quitó del cuello la gruesa bufanda que su madre le había tejido.

–¿Y por qué no, Turco? ¿Usted nunca camina descalzo?

Turco no podía decir gran cosa, pues su primer par de zapatos se lo habían dado al ingresar en el Ejército. Llevó a la mesa de su superior el viejo zapato sin cordones que acababan de encontrar, con la precaución de colocar una hoja de papel debajo antes de soltarlo.

–Sin zapato y loco –masculló para sí–. *Marasantissima*.

Guidi había empezado a trazar líneas a lápiz sobre un mapa topográfico clavado en la pared del despacho. En un amplio semicírculo que comenzaba y terminaba en el río, abriéndose sobre su margen derecho, delimitó la porción de llano que habían inspeccionado la noche anterior. Pensó que parecía mucho mayor cuando uno tenía que recorrerla.

Al otro lado del río devastado por la guerrilla, campos alargados y angostos, por entonces casi pelados, se extendían hasta el pie de las montañas, donde se refugiaban las bandas partisanas. Guidi sabía que no había allí granjas que pudieran dar cobijo a un fugitivo; sólo campos rodeados de canales de irrigación que se cruzaban con profundas acequias y setos interminables. El instinto le decía que había que continuar buscando a ese lado del río. Señaló con un punto el lugar donde habían hallado el zapato, a medio camino entre Lago y Sagràte, donde la carretera secundaria quedaba flanqueada por salcedas.

—Dejemos descansar a los hombres —le dijo a Turco—. Mañana veremos qué más podemos hacer. Los *carabinieri* me han asegurado que ellos seguirán buscando hasta que el sol se ponga. —Estuvo a punto de reír al decirlo, ya que Turco escrutaba aquel zapato enfangado como si pudiera sonsacarle alguna información.

Bora inspiró hondo para disimular el hastío que le producía el relato de De Rosa. Y es que la perorata parecía no tener fin.

—Seguro que el coronel Habermehl sabe cuán ocupado estoy —espetó al fin—. No dispongo de tiempo libre.

Ante sí tenía la carta en que Habermehl reconocía que todo aquel asunto era un inconveniente, aunque le recomendaba complacer a los fascistas de Verona. Bora se sabía las razones de memoria: estaban en el norte de Italia, llevaban cuatro años en guerra y los aliados italianos se habían convertido en posibles enemigos. Los americanos habían desembarcado en Salerno y poco a poco iban avanzando por la península. ¿Por qué no complacer a los fascistas de Verona, que se mantenían del lado germano? Habermehl se lo pedía «como amigo de la familia, no como superior». No obstante, el rango

influyó, desde luego, y Bora era demasiado inteligente para ceder a cortesías superficiales.

–Mire –le dijo a De Rosa–. Si lo que quiere es que tome parte en el caso, deberá proporcionarme toda la información de que dispongan la policía y los *carabinieri* hasta la fecha. ¿Cuándo se produjo el asesinato?

De Rosa frunció el entrecejo.

–Anteayer. ¿No lo leyó en *L’Arena*? Era la noticia más destacada, ocupaba casi toda la primera plana.

Bora se había pasado todo el viernes en el hospital de Verona, donde el cirujano seguía extrayéndole metralla de la pierna izquierda. No le había quedado ni tiempo ni ganas de leer los periódicos italianos.

–No debí de fijarme –respondió.

Al instante, De Rosa sacó un recorte de prensa y se lo puso delante, sobre la mesa.

El comandante lo leyó.

–Aquí pone que el camarada Vittorio Lisi sufrió una apoplejía en su casa de campo.

–Bien. –De Rosa le dedicó una sonrisa grave, en realidad una mueca–. Seguro que usted comprende que cuando se trata de un hombre de la fama y el valor de Lisi, conviene evitar escándalos. Lisi era veronés. Todos lo conocían y lo tenían en alta estima.

–Todos menos uno, si es verdad que lo mataron. –Le devolvió el recorte. El centurión lo dobló con cuidado, pero lo dejó sobre la mesa–. ¿Qué probabilidad hay de que sea un asesinato político?

–Ninguna, comandante Bora. Lisi no era un hombre polémico. Era digno de confianza y tenía un corazón de oro.

–No creo que los partisanos o sus adversarios políticos se apiadasen de un fascista con el corazón de oro.

La mueca de De Rosa hizo temblar la acicalada oruga de su labio superior.

—Con el debido respeto, comandante, conozco el clima político de la región mejor que usted. Le garantizo que es *fascistissimo*.

Bora estuvo tentado de telefonar a Habermehl como excusa para ahorrarse el incestuoso mundillo de la política local. Debió de notársele el impulso, porque el italiano elevó el tono.

—El coronel Habermehl me ha informado de que usted ya ha resuelto otros casos difíciles.

—Por casualidad. Siempre por casualidad.

—No es eso lo que me ha dicho el coronel. Según él, se distinguió usted en un caso de asesinato en España, y también en el de la monja muerta en Polonia. Y en Rusia...

Las calaveras plateadas del uniforme de De Rosa despidieron un débil destello. La furiosa águila que sujetaba un haz de varas sobre el bolsillo del pecho, y el fanatismo que ésta representaba, empezó a incomodar a Bora.

—Está bien, dígame todo lo que se sabe acerca de la muerte de Lisi y consígame el expediente lo antes posible —exigió.

—¿Permite al menos que me siente? —preguntó De Rosa con aspereza.

—Siéntese.

Ese domingo, la madre del inspector Guidi estaba desgranando guisantes en un colador apoyado sobre las rodillas: con ágiles movimientos del pulgar separaba los granos de la verde vaina. Eran los últimos guisantes de la estación; sorprendía ver cómo habían llegado a madurar pese al frío de las noches. ¡Con lo buenos que estaban con la pasta y lo que le gustaban a Sandro!

Desde la puerta de la cocina apenas distinguía las voces de los hombres que conversaban en el salón. La de su hijo era suave. Sólo alcanzó a entender algunas de las

palabras que le dirigió al alemán, y en cuanto a éste, moderaba aún más la voz al hablar. La señora Guidi sentía curiosidad, pero se quedó allí sentada, desgranando guisantes con la dignidad ofendida de los excluidos.

–No, gracias; tengo prisa –dijo Bora.

No había querido tomar asiento, así que estaba de pie junto a la mesa del comedor, frente a un aparador con espejo. Sobre el mueble estaba el retrato del padre de Guidi, también policía, ribeteado con un crespón negro y con el año 1924 precedido de una cruz y escrito a mano en el pie de foto.

–Eso es lo que dijo De Rosa, Guidi. Y a pesar de que llegó con aires muy misteriosos, Dios sabe por qué, no me prohibió expresamente que hablara con otras personas, de modo que aquí estoy.

Al ver el impecable uniforme alemán de Bora, el inspector tomó conciencia de su torpe atuendo, acaso porque el comandante parecía estar juzgándolo en función del mismo. Podía percibir cómo examinaba su aspecto poco agraciado, las melancólicas facciones que se dibujaban bajo las ondas de su pelo lacio de color caoba. El alemán iba de acero y piel y con los puños immaculados. Tal vez debiera sentirse halagado por la visita.

–Comandante, en primer lugar, ¿se ha demostrado que la muerte de Lisi no fue un accidente?

–Eso parece. El coche de su esposa presenta una abolladura considerable en el guardabarros delantero. De Rosa está convencido de que la causa fue el impacto intencionado contra la silla de ruedas de Lisi. Como ya le he dicho, esto ocurrió dentro de la propiedad que la víctima tenía en el campo. Es poco probable que lo atropellase un vehículo de paso.

Guidi asintió distraído. Como desde la cocina llegaba olor a sofrito de cebolla, se levantó y cerró la puerta.

—¿Han puesto a la viuda bajo vigilancia?

—Bajo arresto domiciliario, más bien.

—¿En el campo?

—No; vive en Verona. —Sin adelantarse, Bora le alargó una delgada carpeta cerrada con una goma elástica—. Estas son las notas que tomé tras la visita de De Rosa.

Mientras Guidi leía, el comandante se quitó la gorra y se la colocó bajo el brazo izquierdo. Sabía que los oficiales italianos ganaban poco. Muebles antiguos, viejos libros de texto dispuestos cuidadosamente en el anaquel, una alfombra raída de tanto cepillarla. La puntillosa modestia de aquella habitación evidenciaba la infructuosa lucha de la clase media para no perder la dignidad. Y aún más importante, evidenciaba, tal vez, la honestidad de Guidi.

El espejo del aparador enfrentó a Bora de forma inesperada con la diáfana claridad de sus ojos. La elegante palidez de su rostro, que tanto gustaba a su esposa, se le antojó novedosa y dura, como si Rusia y el dolor lo hubieran asesinado y transformado en otra persona. Se apartó para evitar el reflejo.

—Necesitaremos el informe del forense y la autopsia —dijo el inspector.

—Ya los he solicitado.

Desde su nueva posición, Bora advirtió que el retrato del padre de Guidi ocupaba el centro de un tapete bordado, entre dos jarrones con flores artificiales; un altar casero, coronado por una vela encendida. El recuerdo de la muerte de su hermano menor lo asaltó de pronto (Kursk, el lugar del siniestro en medio de un campo de girasoles, la cabina cubierta de sangre). Bajó la mirada, taciturno, y dijo:

—Cuando la criada salió tras oír el ruido, la víctima se encontraba a varios pasos de la silla de ruedas. Según De Rosa, a Lisi sólo le quedaron fuerzas para trazar una C en

la gravilla, luego perdió el conocimiento. Ya había entrado en coma cuando llegó ayuda, y murió en menos de veinticuatro horas.

Guidi cerró la carpeta y repuso:

–No veo la relación entre ese detalle y su esposa.

–Se llama Clara.

–Ah. Aun así, es puramente circunstancial. ¿Atravesaban algún tipo de crisis?

Bora se quedó mirándolo.

–Vivían separados y no mantenían muy buena relación –explicó–. Por lo visto, en ocasiones todavía entablaban discusiones violentas. Como es natural, la viuda niega cualquier acusación e insiste en que no tiene nada que ver, aunque, según el informe, no cuenta con coartada para la tarde de la muerte. Sin testigos presenciales no habrá manera de saber si aquel día fue en automóvil al campo. En cualquier caso, quienquiera que matara a Lisi llegó y se marchó en espacio de pocos minutos.

Los interrumpió un ruido procedente de la cocina. Guidi dirigió una mirada hacia la puerta, avergonzado de que su madre optara por el sistema, no muy sutil, de golpear ollas y tapas para dar a entender que la comida estaba lista. La oscura fusta de mando de Bora se movió de modo imperceptible en aquella dirección.

–Bien, comandante, tengo que pensarlo...

Bora lo interrumpió.

–¿Qué significa que tiene que pensarlo? ¿Que todavía no ha decidido si va a colaborar conmigo o que necesita tiempo antes de hacerme alguna sugerencia?

–Necesito pensar un plan de acción. Lo llamaré al puesto de mando a última hora de la tarde.

Bora había ordenado bombardear a los partisanos aquella misma noche y no iba a estar en el puesto, pero asintió de todos modos.

–Entonces quedamos así –dijo Guidi apresuradamente entre el ruido de los cacharros–. Pero me gustaría advertirle, comandante, que se ha escapado un preso, y que ronda entre Lago y Sagràte.

Bora esbozó una sonrisita.

–Gracias. Cerraremos bien las puertas.

–Según los médicos del ejército italiano, es un delincuente psicótico y, además, lleva un Carcano de franco-tirador.

–¿De seis con cinco o de siete con treinta y cinco milímetros?

–De ocho milímetros.

Bora arrugó el entrecejo.

–Ah, uno de los de la campaña de Rusia. Tienen un retroceso brutal. Bien; para nosotros es sólo una bala más que esquivar.

–Yo sólo cumplo con mi deber cívico informando a las autoridades alemanas.

Tras una tanda de cacerolazos bastante intensa, la cocina volvió a quedar en calma. Guidi respiró aliviado.

–¿Le dijo De Rosa por qué quieren mantener en secreto el asesinato?

Esta vez Bora sonrió abiertamente.

–Por la misma razón por la que ya no hay suicidios en la Italia fascista y parece que la gente tropieza con las vías justo cuando pasa el tren. Por lo visto Lisi era importante. Un «camarada de la primera hora», en palabras de Mussolini. –Se sacó la gorra de debajo del brazo y se la caló al tiempo que daba un paso firme en dirección a la puerta–. El coronel Habermehl me recomendó a la Guardia Republicana Fascista por lo que él llama «mi papel» en la resolución de otros casos. Lo normal era que me pusiese en contacto con usted, que para algo es el profesional en estos asuntos. –Abrió la puerta, a través